

dándola,—y muy bonita; ¡con dos ojos como dos estrellas y un vestido que dejaba ver dos pies enanos y un gorrito que dejaba ver los más hermosos cabellos rubios! ¿quieres más informes?

Eufrasia arrojó una mirada de desesperación sobre sus pobres vestidos.

—¡Hasta la vista!—dijo el hermoso Fernando entreabriendo la puerta.

—¡Abraza á lo menos á la niña! ¡Ni siquiera la has mirado ayer noche!

—¡Uf! ¡Los chiquillos huelen siempre mal y son feos, y tú te vas haciendo también vieja y te vas poniendo flaca y amarilla como una caña!

—¡Son los efectos de la felicidad!—repuso Eufrasia con amargura.

Fernando salió dando un portazo. Su mujer se dejó caer llorando sobre una silla.

VII

La estación de Rubaix se parecía al valle de Josafat; todas las clases y todas las edades se hallaban allí confundidas; todas las cabezas, vueltas hacia el Norte, esperaban la locomotora que debía transportar á Lille los viajeros apresurados y vestidos de fiesta.

En el momento de la llegada del tren, tuvo lugar una confusión indescribible; una

joven, vestida de una manera vistosa, se esforzaba en vano por conquistar el estribo de un vagón de tercera clase, que estaba rodeado de gente y por reunirse á un compañero que la había precedido; hacíanla retroceder empujándola y haciéndola creer que la antigua cortesía francesa se había ido con las diligencias y los postillones; ya desesperaba de llegar, cuando un hombre joven y listo, llegando á su socorro, separó á los que se la adelantaban y la empujó al interior del carruaje, donde la siguió en seguida.

—¡Gracias, señor Fernando!—dijo ella vivamente; y volviéndose á su compañero añadió:

—¿Y tú, no podías ayudarme?

—¡Querida Rosina, cada uno para sí!—respondió el personaje,—tú no eres corta de genio y te he dejado hacer.

—Sí,—dijo Rosina con enojo,—¡lo de siempre! ¡arréglate como puedas! Es una cuenta cómoda para tí por más que á mí no me gusta; me acordaré de lo que has hecho y te advierto que no vengas á hacerme la rueda á la feria de Lille; el señor Fernando me acompaña.

—¡Está dicho!—respondió el marido de Eufrasia.—Nos pasearemos juntos.

El compañero de la señorita Rosina no pareció empeñado en manera alguna en reivindicar los derechos que podía tener sobre ella.

Rosina era el tipo de la costurerita parisien; delgada, pequeña, bonita, limpia como

un pájaro, vestida y adornada con gusto, con la mirada viva, la boca risueña y burlesca, la palabra pronta y ligera, el corazón y la cabeza ligeros también; un movimiento de despecho le hacía olvidar al hombre que había seguido á Rubaix, y sin pensar más en él se volvió toda ojos y oídos para Fernando Lahousse.

Ambos pasaron el día juntos, errando desde las tiendas de la feria al campo de Marte; los circos, la mujer gigante, el diorama, la tentación de San Antonio, la tienda de los barquillos, la fritura de patatas, les atrajeron con sus encantos, y el dinero que Fernando llevaba en el bolsillo, precio del trabajo de quince días, pan de su familia, se fundió prontamente en el fuego de esos placeres.

Verdad es que la señorita Rosina no dejó de ver ningún espectáculo, que dió cuatro vueltas sobre los caballos de madera, riendo como una loquilla, y que se hizo regalar unos pendientes de doblé que fingían á maravilla ser de oro; ambos permanecieron en la feria hasta que se acabó la última moneda: por suerte tenían billetes de ida y vuelta.

¿Qué hacía Eufrasia durante este tiempo? Cosía al lado de su hija enferma, interrumpida á cada instante en su labor por los cuidados que reclamaba aquel pequeño sér, que de nadie podía esperarlos, y dando vueltas en su cabeza dolorida á mil amargos pensamientos, que cada uno la martirizaba de un modo distinto.

La joven amaba á su marido con pasión y se preguntaba si era amada. Empezaba á comprender que Fernando sólo había buscado en ella la flor efímera de su belleza, y que pálida en seguida por las fatigas, gastada por un trabajo rudo y sin descanso, no le agradaba ya.

Era aquel hombre, en efecto, incapaz de sentir la afección sólida que nace de la vida en común, de las pruebas soportadas juntos, ni de sentir por su mujer, fatigada antes de tiempo por sus penosas labores, esa tierna estimación que paga todas las penas y que es el noble salario de los sacrificios.

Desde que el nacimiento de su última hija la había dejado enferma, Eufrasia empezaba á columbrar el más triste porvenir. Fernando se alejaba de ella.

Otra pena agravaba esta: había tenido que contraer algunas deudas, y esperaba con angustia el salario de su marido, preguntándose si bastaría para pagarlas. Su pobre cerebro erraba de los cálculos domésticos á las suposiciones, á las reflexiones que nacían de su corazón herido. Se preguntaba á la vez si tendría pan y si su marido tendría aún para ella una palabra de bondad; se preguntaba si las rudas privaciones de su infancia iban á renacer; si iba á ser despojada para siempre de todo afecto; ¡si no habría jamás en su vida un rayo de sol!

En medio de estos pensamientos la niña gemía sin cesar y la desgarraba el corazón. ¡Y era preciso trabajar!

¡Oh! ¡qué terrible y desolador es el *Canto de la Camisa*, tal como le ha concebido un escritor popular en Inglaterra, y cómo hubiera estado en su sitio en los labios de Eufrosia!

Con los dedos fatigados y los párpados llenos de pesadez, una mujer cubierta de andrajos está sentada: cose punto tras punto y tira sin cesar de la aguja y del hilo... ¡trabaja, trabaja, trabaja!

Desde que el gallo ha cantado á lo lejos, hasta que las estrellas brillan en el cielo, ¡trabaja, trabaja sin cesar!

¡Anda, anda, cose hasta el vértigo! ¡trabaja hasta que sus ojos se velan! ¡reune costuras, camisas, vestidos, hasta que abrumada, parece ser víctima de un vértigo y que cose soñando!

¡Trabaja, trabaja, trabaja! ¡desde el lento sonar de una hora, al lento sonar de la siguiente, cuántos puntos habrá dado! ¡la desdichada cose, cose, cose, hasta que el corazón desfallece y el cerebro se entumece como la mano (1).

De esta suerte trabajaba la pobre mujer y, no obstante el salario que ganaba su marido, hubiera bastado á sus dos existencias; mas los feroces placeres de Fernando

(1) Esta siniestra canción ha sido escrita por Thomas Moore para excitar la piedad de las grandes señoras inglesas en favor de las pobres obreras.
En los países católicos esas enérgicas llamadas son menos necesarias.

devoraban frecuentemente este salario, y la pobre Eufrosia continuaba cosiendo *hasta el vértigo*. Terminaba su última camisa é iba á coser los botones de las mangas y del cuello, cuando se apercibió de que su último ovillo de hilo se había concluido. Tomó en sus brazos á la niña, que no se atrevía á abandonar, y corrió á la tienda.

Al salir del almacén donde acababa de dejar la última moneda de diez céntimos que poseía, tropezó con un hombre que pasaba en sentido inverso.

Este hombre la miró y la dijo:

—¿Sois vos madama Lahousse?

Eufrosia reconoció uno de los compañeros de trabajo de su marido; era el parisién del cual él la había hablado, y le saludó por su nombre.

—Sí, monsieur Morel, sí,—le dijo ella;—voy muy de prisa porque la labor me espera.

—¡Ah, sí! Ya sabemos todos que sois una mujer buena, que no teméis al trabajo.

—Y vos, ¿no trabajáis?

—Hoy es lunes y se celebra feria en Lille, el taller se queda desierto.

—¿Y Fernando?

—Fernando se divierte muy bien, yo os lo aseguro. Le he dejado en Lille con una jovencita llamada Rosina, que no es desagradable, á fe mía.

Eufrosia sintió que sus rodillas se doblaban al oír estas palabras; pero disimulando, dijo con un tono bastante tranquilo:

—No tardará en volver; nuestra niña está un poco mala.

—¡Muy bien le conocéis!—exclamó Morel, que parecía desear limpiar de bilis su corazón.—Escuchad: ya sabéis que yo he aprendido mi oficio en París, con vuestro marido; él volvió á Rubaix antes que yo, y se casó con vos; yo, no lo oculto, continué la vida de soltero, me he divertido en grande y no volví solo á Rubaix. Madama Rosina no quiso dejarme; hemos vivido á la parisién, y ya pensaba poner fin al juego y casarme con ella, cuando me apercibí de que coqueteaba con vuestro marido. Renuncié sin gran pena á mi idea. Hoy, en el camino de Lille, se me ha mostrado desdeñosa y me ha dicho que sólo quería la compañía de Fernando; la he complacido y los he dejado juntos en Lille, volviéndome de súbito á mi casa: estoy haciendo un pequeño cambio, y la señorita Rosina hallará el nido vacío. Yo deseo á Fernando mucho placer; mas si tuviese una mujer como vos, no la plantaría por todas las Rosinas del mundo.

Eufrasia guardó silencio.

Estaba aterrada y no hallaba valor para defender á su marido de los ataques de aquel hombre; todo lo que pudo decir fueron estas palabras:

—¿Es verdad lo que me decís?

—Os lo juro á fe de hombre de bien.

—¿Está con esa Rosina?

—¡Mi palabra de honor! Además, si dudáis, id esta noche á la estación á la hora

en que llega el último tren de Lille, y los veréis del brazo.

Eufrasia le escuchó con aire sombrío, le hizo un signo de cabeza y entró en su casa; cosió los botones *como en sueños*, según dice la canción; pero ¡qué sueños! todas las serpientes de los celos silbaban en sus oídos y le decían:

—¡Ya no eres bonita y él ya no te ama! ¿qué le importa que sufras y que llores? Te desprecia y se ríe de tí con su Rosina... Vé, vé á la estación; los verás y podrás confundirlos... es preciso no dejarse engañar.

Después de las doce de la noche, los viajeros del tren de Lille entraron ruidosamente en la estación de Rubaix. Una joven se apoyaba en el brazo de un hombre joven también y le hablaba con animación. De repente una mujer se arrojó delante de ellos con violencia y dijo á Fernando:

—¡Eres tú! ¡y es por esa mujer por quien me dejas gemir sola! ¡miserable! ¡y vos váis á robar á otra su marido porque vos no le tenéis!

—Yo no sé lo que me quiere esta señora, ¡porque supongo que es una señora!—dijo Rosina en un tono burlón y arrojando una mirada sobre los desordenados vestidos de Eufrasia.

—Es mi mujer,—respondió Fernando que estaba lívido de cólera,—pero yo la haré entrar en razón. ¡Eufrasia! anda delante y silencio, ó ¡ay de tí!

—Os podéis marchar con la señora,—dijo Rosina,—yo no os necesito, y además, ya sabéis donde encontrarme.

Dichas estas palabras tomó una calle de travesía y se alejó precipitadamente, porque la expresión de los ojos de Eufrasia, le causaba un miedo indecible.

—¡Ah! ¡Tu me provocas!— exclamó Fernando, empujando rudamente á su mujer; á casa y en adelante... nos veremos!

VIII

Desde aquel día se empeñó entre estas dos mujeres una lucha violenta y sorda.

La una defendía su derecho con energía. La otra su capricho con sutileza, y el corazón vano y frágil de Fernando, se inclinaba hacia la que representaba á sus ojos el capricho, el placer y lo desconocido.

Solo los grandes corazones comprenden la gloria que hay en ser buenos, ha dicho Fenelon; estas palabras son verdaderas y profundas; es preciso ser generoso y fuerte, para tener piedad de los seres débiles, ¿y qué hay más débil que la pobre mujer del obrero, vieja antes de la edad por el trabajo, por los sufrimientos, sin adornos, sin artificio, no teniendo otra elocuencia que su derecho, ni

otra defensa que el hijo que lleva en los brazos?

Ningún prestigio rodeaba á la pobre Eufrasia; no tenía la fácil alegría de su rival ni su joven rostro sin cuidados, ni sus cintas ni sus vestidos, ni esa coquetería grosera quizá, pero peligrosa, que cautiva al hombre grosero á quien se dirige. Eufrasia no se defendía más que con las lágrimas de su dolor ó las explosiones de su cólera; era poco diestra porque amaba: inhábil, porque creía que bastaba tener razón; así en esta lucha desigual, fué rechazada desde luego, y al fin, completamente vencida.

Veía á su marido abandonar á la vez á ella, á su hija y al trabajo; su salario no venía jamás á casa; la pobre joven vivía de su labor; la niña vivía del seno de su madre; las deudas aumentaban cada día; la posición se iba haciendo cruel, y Fernando, al entrar en la morada conyugal, llena de sombras por su culpa, tomaba un aire de disgusto y de desprecio que hacía llegar á su colmo la irritación de Eufrasia.

—¡Diablo de casa!—dijo una noche al entrar el obrero;—es fuerte cosa que no ha de haber fuego ni aún para encender la pipa!

—¡Dame carbón! ¿Crees que tu hija y yo no tiritamos de frío?—respondió bruscamente Eufrasia.

—¿Quién te impide comprar carbón?

—¿Tengo acaso un sueldo para comprar algo?

—¡Trabaja! ¿O es que piensas que me voy

á fastidiar para ganarte la vida? ¡estás fresca!

—¿No tienes el deber de mantener á tu mujer y á tu hija? Mas ya sé que para eso hay que tener corazón y no dar lo que se gana á una miserable, ¡á una bribona que vive de robar el pan ageno! ¡Si hubiera una justicia en este mundo, se haría podrir en una cárcel á la parisién!

—¿Te callarás?

—¡No me callaré, porque sufro demasiado! ¿Qué tienes que reprocharme? ¿He ido yo á buscarte? Tú me has buscado cuando era joven y bonita; nos casamos porque te creía un hombre honrado, y te amaba; he trabajado cuanto he podido para tener la casa limpia y para verte dichoso; he velado á mis hijos, he llorado mucho cuando se han muerto! ¡Tu querida no se ha echado á perder los ojos con esa ocupación! ¡Yo he hecho cuanto he podido, y he aquí mi recompensa! Me desprecias, me abandonas y me tratas como á la última de las mujeres por una...

—¿Te callarás? ¡Basta de jeremiadas!

—¡Ah! —exclamó ésta prorrumpiendo en llanto; ¡qué duro eres Fernando! ¡Qué cruel eres para mí! Y no obstante, si quisieras, yo lo olvidaría todo, trabajaría como una esclava para que estuvieras bien, y educáramos á nuestra niña...

—¡Música celestial! —repuso él brutalmente; — conozco todas estas historias, quiero ser libre y divertirme, eso es lo positivo.

Eufrasia le miró con aire sombrío y dijo:

—Eres más bárbaro, que los que juran y dan golpes; aquellos se dejan llevar por un momento de cólera; pero en tí el corazón es más duro que una piedra.

—¿Te agradaría más un hombre como tu padre? ¿Un animal salvaje?—preguntó Fernando con ironía.

La joven suspiró y guardó silencio; los recuerdos de su infancia llegaban á su memoria y hacían más amargos aquellos momentos.

—Lo mejor que puedes hacer,—continuó Lahousse es tomar el aire de catafalco que tienes de reserva: es el mejor medio de atraer á los maridos; ¿te dejó tu madre la receta?

—¡Pobre madre mía! —murmuró Eufrasia.

—¡Me fastidias en grande! —exclamó el marido; — me voy para no oírte suspirar. ¡Adiós! ¡Hay para rato hasta que me veas!

—¡No te vayas! —exclamó ella; — no me dejes ahora, Fernando, ¡yo te lo suplico!

El obrero rechazó á su mujer, que se había asido á su brazo, y bajó la escalera tarareando una canción de Beranger. Eufrasia no se atrevió á seguirle, y pasó la noche sola y abandonada á una impotente desesperación: agotó sus lágrimas; llamó en su socorro á su abuela, acostada desde hacía tanto tiempo bajo la hierba del cementerio, á su hermanito, muerto de miseria y de privaciones, pensó en su madre tan desgraciada, que viuda y aniquilada cuando aún era